

# *El ugetismo socialista catalán, 1888-1923*

*Pere Gabriel*

*Resumen:* Se pretende la revisión del debate sobre las dificultades de implantación en Cataluña de la UGT y el PSOE, teniendo en cuenta las últimas aportaciones de la historiografía. Se han reforzado las argumentaciones acerca de la no adecuación del modelo sindical de la UGT a unas condiciones de trabajo e industriales muy «localizadas», la existencia de un fuerte socialismo moderado y reformista de base republicana y federal, o la incapacidad para conectar con el catalanismo popular de la base obrera. La novedad se sitúa en el descubrimiento de la «representatividad» de la situación catalana en relación con la llamada fase artesanal de este primer período de la UGT en toda España. Una última observación: en un contexto de debilidad, la influencia de las biografías personales de los dirigentes es más determinante.

*Palabras clave:* sindicalismo, socialismo, UGT, PSOE, Cataluña, España, cuadros sindicales, oficio, industria y sindicalismo.

*Abstract:* The objective of this study is to revise the debate about the difficulties of the implantation of the UGT and the PSOE in Catalonia in light of recent historical studies. Arguments concerning the non adequation of the UGT union model to certain very local industrial and labor conditions, as well as the existence of a solid moderate and reformist socialism with a republican and federal base, and the inability to connect with the labor-based popular Catalanism are reinforced. The novelty of this study is in its discovery of the «representivity» of the Catalan situation with relation to the so-called artisanal phase of this first period of the UGT in all of Spain. Finally, in this context of decline, the roles played by individual leaders were quite influential.

*Key words:* unionism, socialism, UGT, PSOE, Catalonia, Spain, union structures, trade-unions, industry.

## **Unas cifras y un debate**

Tiene algo de gastado y muy visto, pero es inevitable empezar cualquier aproximación a la historia de la UGT en Cataluña incidiendo en el debate sobre las muchas dificultades que tuvo allí su implantación. Las cifras son, aparentemente, rotundas y muy conocidas. Antes de la dictadura de Primo de Rivera, en 1923, sólo en contadas ocasiones rebasó la UGT en Cataluña los 5.000 afiliados (en 1904, 1915, 1916 y 1920). En los años fundacionales, el peso de los sindicatos catalanes respecto del conjunto de la UGT no hizo sino descender: 75 por 100 en agosto de 1888, 71 por 100 en noviembre de 1889, 47 por 100 en junio de 1890, 21 por 100 en septiembre de 1893, cuando los afiliados en Cataluña eran 1.815 y en conjunto, en toda España, 8.653 (19 sindicatos catalanes frente a un total de 98). Trasladada en 1899 la dirección a Madrid, la situación no hizo sino empeorar, dado que la UGT en España empezó a crecer de forma significativa y en cambio en Cataluña continuó situada en cifras cada vez más testimoniales: 17 sindicatos y 2.275 afiliados que representaban un 7 por 100 del total de afiliados de España, en marzo de 1902; 19 y 3.539, un 7,6 por 100 en septiembre de 1903. Después, en los años de Solidaridad Obrera, en unos mínimos históricos y escandalosos, la UGT en Cataluña pasó a representar poco más del 1 por 100 del total: en octubre de 1908 sólo contaba con 6 sindicatos y 469 afiliados (un 1,2 por 100 del total de afiliados, que eran 39.668; había 260 sindicatos adscritos). Cuando se fundó la CNT, las cosas continuaron igual: 9 sindicatos y 992 afiliados en marzo de 1911, sobre un total de 328 sindicatos y 77.749 afiliados (un 1,3 por 100 por tanto). Entre 1895 y 1911, la UGT en Cataluña no había logrado entrar en ninguna población de Lleida ni de Girona. En Tarragona, había contado con unas pocas sociedades en la capital, en Reus y en Tortosa. Por su parte, en la de Barcelona, además de la capital, existieron sindicatos ugetistas de forma relativamente continuada en Manresa, Berga y Roda de Ter, en Sitges, en Caldes de Montbui, y en Sant Joan de Vilassar, Mataró y Calella.

Podríamos continuar, pero no hace falta entrar en más detalles. La siguiente relación puede fijar, en cualquier caso, el tiempo y el

carácter de la evolución de la UGT en Cataluña, alrededor de los años de la Primera Guerra Mundial y anteriores a la dictadura de Primo de Rivera<sup>1</sup>:

CUADRO 1

	Cataluña			España	
	Sindicatos	Afiliados	%	Sindicatos	Afiliados
Agosto 1915	13	5.261	4,7	398	112.553
Febrero 1916	17	5.843	7,6	438	76.304
Julio 1918	21	2.709	3,0	457	89.601
Mayo 1920	34	5.197	2,5	1.078	211.342
Julio 1921	45	3.676	1,5	1.197	240.113
Septiembre 1922	45	3.407	1,6	1.198	208.170

Lo primero que hay que recordar es que el debate sobre la escasa implantación catalana de la UGT es viejo, y empezó, de hecho, ya a finales del siglo XIX, promovido por los propios protagonistas. Voy a intentar aquí resumir un tanto sus términos y trayectoria, aunque me interesa subrayar de entrada que su interés no se agota en la simple, directa y genérica explicación sobre el por qué del fracaso socialista —mejor sería decir «psoiista»— en Cataluña. Me parece que lo más importante quizás sea el que los análisis no queden reducidos al ámbito de la peculiaridad catalana sino que seamos capaces de ver en ellos pistas y aportaciones para la caracterización y comprensión del perfil sindical y político de la UGT en general. Se trata,

<sup>1</sup> He usado aquí los datos que incluí en mi artículo «Sindicalismo y sindicatos socialistas en Cataluña. La UGT, 1888-1938», *Historia social*, 8, Valencia, otoño de 1990, pp. 47-71. Había trabajado con las cifras oficiales publicadas por fuentes de la propia UGT, reproducidas normalmente en *El Socialista*, así como las ofrecidas, para los años 1903-1911, por los diversos volúmenes del *Rapport International sur le Mouvement Syndical*, que editaba el Secretariado Internacional de Centros Nacionales de Sindicatos. Son muy confusas las cifras que da, a partir de 1915, el *Anuario Estadístico de España*. Son, en cambio, más útiles las que, incluso con relaciones retrospectivas, ofrecen las diversas *Memoria y orden del día...* de los sucesivos Congresos de la UGT, especialmente los correspondientes al XIV (1920), XV (1922) y XVI (1928).

por decirlo así, de discutir más la configuración inicial de la UGT de España, que no la UGT catalana.

Ante la situación que acabo de describir, los debates de los militantes fueron continuados y recurrentes y a algunos de ellos habré de referirme a continuación. Ahora bien, fuera de su ámbito más interno, tuvo, según creo, un gran impacto la discusión general acerca de la implantación del marxismo y el anarquismo abierta a finales de la dictadura de Primo de Rivera, en el periódico *L'Opinió* y no sólo en el mismo. Una discusión en la que intervinieron, junto al arco anarquista y anarcosindicalista, hombres diversos del abanico marxista, comunistas o socialistas de diversos talantes, así como liberales y republicanos de izquierda<sup>2</sup>. Aquel debate marcaría posteriormente los términos básicos, y por mucho tiempo, del análisis de los historiadores —catalanes y no catalanes— ante la cuestión. Había un punto de partida común que afirmaba a un tiempo el fracaso del marxismo «psoísta» y el comunista de dirección española en Cataluña —léase, en nuestro caso, la UGT—, y la fuerte peculiaridad de la realidad social y política catalana en relación con la del conjunto del Estado. A continuación, en la búsqueda de las causas, se marcaban como principales territorios de discusión los siguientes: el de la idiosincrasia del pueblo catalán (ahora diríamos quizás tradición o cultura política), el de las estructuras económicas y características de las estructuras sociales del mundo del trabajo, y el de la mayor o menor centralización de la vida política y sindical desde el Estado. Como vemos, no se trata sino de unos campos muy básicos, en los que nos hemos movido prácticamente todos los historiadores sociales durante mucho tiempo en el momento de discutir las peculiaridades del movimiento obrero, sea el catalán en relación con el español, sea la de la situación española —con una persistente influencia del anarcosindicalismo— en relación con la europea. No hace falta añadir que, en la mayoría de las interpretaciones catalanas, y restringiéndonos al caso de la UGT, su fracaso se explicaría porque sus hombres y sus maneras de hacer no se adecuaban a la personalidad del pueblo catalán, porque —sobre todo para los marxistas— el nivel de desarrollo industrial en Cataluña no había alcanzado el nivel de concentración obrera y empresarial de Alemania y otros países euro-

---

<sup>2</sup> Un resumen de la polémica, circunscrito al caso del anarquismo, puede encontrarse en BALCELLS, A.: *El arraigo del anarquismo en Cataluña. Textos de 1926 a 1934*, Barcelona, 1973 (otra edición, un poco más amplia, en 1980).

peos en los que podía dominar la socialdemocracia, y, en fin, porque la dirección madrileña de la UGT no escapaba al burocratismo y centralismo de la clase política empeñada en levantar un Estado unitario. Algunas contradicciones, especialmente las que atañían a los referentes estructurales y económicos, y ya vistas en 1929, eran las que permitían el juego de la polémica, pero no alteraban el marco de la discusión: ¿no era aún mayor el nivel artesanal y de pequeña empresa de la industria en Madrid, donde la UGT y los grandes dirigentes socialistas obreros parecían inamovibles? Al final, simplemente, se acentuaba el peso de las otras dos causas —las culturales y las del Estado— para contrarrestar y romper con el mecanicismo y el economicismo en la explicación.

El cuadro de referencias que marcarían los primeros análisis modernos y profesionales sobre el tema experimentó un segundo impulso, aunque a decir verdad, con algo menos de profundidad y perdurabilidad, cuando, tras la guerra civil, llegó el éxito de las interpretaciones de base pumista sobre el significado y evolución del bando y gobierno republicanos, aquellas que centraron la cuestión en el debate entre revolución y contrarrevolución. En su modelo, en Cataluña, la UGT, que, como es sabido, durante la guerra alcanzó unas cifras de afiliación nunca soñadas y pudo contrapesar la fuerza tradicional de la CNT y el anarcosindicalismo, no fue sino el refugio de emboscados, junto a sectores de empleados, técnicos y clases medias o trabajadores de aspiración pequeño burguesa. De ahí el que en el fondo continuara siendo una planta exótica en relación con el movimiento obrero catalán<sup>3</sup>.

Este doble marco de consideraciones fue el punto de partida de las visiones de la historiografía más académica y profesional que empezó a manifestarse en nuestro país en los años sesenta y principios de los setenta, cuando algunos jóvenes licenciados intentaron una primera aproximación al sindicalismo y el movimiento obrero. Hemos de retener aquí, por su estrecha relación con los antecedentes y los

---

<sup>3</sup> No he de abordar aquí ningún repaso general sobre la historiografía del movimiento obrero catalán y español. Baste simplemente recordar algunos de los historiadores clásicos en la dirección que acabo de señalar en el texto: G. MUNIS (1946), C. M. RAMA (1960), P. BROUÉ y E. TÈMINE (1961), etc. Cabe recordar de todas formas que el binomio «revolución y contrarrevolución» para referirse a la situación española fue acuñado por J. MAURÍN en 1935 y que F. MORROW le siguió, con referencia directa a la guerra civil en 1938.

primeros tiempos de la UGT, el pionero trabajo de Miquel Izard dedicado a las «Tres Clases de Vapor»<sup>4</sup>. A continuación, autores entonces muy jóvenes, abordaban el comunismo y el socialismo de los años veinte y treinta del siglo XX y aportaban información y conocimiento, más o menos indirecto, a la realidad de la UGT en Cataluña<sup>5</sup>. Pronto, además, Xavier Cuadrat se percató del impacto sindicalista advenido a principios de siglo en toda Europa y también en el socialismo español y el catalán<sup>6</sup>. Fue también aquél el momento del primer análisis que distinguía dentro del socialismo el peso del guesdismo y de las diversas formas de la lectura marxista<sup>7</sup>.

La primera reelaboración algo generalizada se produjo alrededor de la coincidencia de dos centenarios, el de la fundación de la Segunda Internacional y el de la propia constitución de la UGT. Entonces, al lado de otras revisiones y aportaciones más generales —entre las que destacó la de Santiago Castillo, que ya en 1983 había publicado un extenso trabajo sobre los orígenes de la central socialista<sup>8</sup>—, tam-

---

<sup>4</sup> IZARD, M.: *Revolució industrial i obrerisme. Les «Tres Clases de Vapor» a Catalunya (1869-1913)*, Barcelona, 1970. Las obras de C. MARTI (ya en 1959) y, después, de J. TERMES (1965 y 1972) se centraron en los orígenes del anarquismo y el bakuninismo así como en la Primera Internacional; la tesina de A. BALCELLS abordó la crisis sindicalista de 1916-1923 en Barcelona (1965). Sin una relación directa con todos ellos, D. RUIZ explicaba, por su parte, los orígenes del movimiento obrero en Asturias (1967), y, a su vez, M. TUÑÓN DE LARA, que ya había iniciado la celebración de congresos en Pau con historiadores universitarios españoles, se atrevía a lanzar una primera obra de conjunto y síntesis del movimiento obrero en España (1972).

<sup>5</sup> Recordemos simplemente los primeros libros de F. BONAMUSA (1974), P. PAGES (1975), J. L. MARTÍN RAMOS (1977), R. VIÑAS (1978), etc. Se trató de trabajos paralelos a los que se sumó otro estudio clásico, el de C. FORCADELL, en torno a la crisis comunista del PSOE y la UGT (1978).

<sup>6</sup> CUADRAT, X.: *Socialismo y anarquismo en Cataluña. Los orígenes de la CNT*, Madrid, 1976.

<sup>7</sup> Fue emblemática en esta dirección la publicación de CASTILLO, S., y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Pablo Iglesias. Escritos I. Reformismo social y lucha de clases y otros textos*, Madrid, 1975, y ARRANZ, L., CABRERA, M., y ELORZA, A. et al.: *Pablo Iglesias. Escritos 2. El socialismo en España. Escritos en la prensa socialista y liberal (1870-1925)*, Madrid, 1975. Poco antes ya había aparecido PÉREZ LEDESMA, Manuel (ed.): *Antonio García Quejido y «La Nueva Era». Pensamiento socialista español a comienzos de siglo*, Madrid, 1974.

<sup>8</sup> CASTILLO, S.: «Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores», *Estudios de Historia Social*, 26-27, Madrid, 1983, pp. 19-225, e *Historia del socialismo español, 1870-1909*, vol. 1, Barcelona, 1989, etc. Asimismo, PÉREZ LEDESMA, M.: *El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, Alianza, 1987. HEYWOOD,

bién se intentó algún replanteamiento para el caso catalán<sup>9</sup>. Quizás lo más importante fuera el esfuerzo de precisión respecto de la reconstrucción institucional tanto de la Federación Catalana del PSOE como de la UGT. Pero hubo también esfuerzos en una dirección más de fondo, con una consideración de los problemas organizativos y de la problemática de una implantación sectorial determinada. Fue entonces cuando en referencia específica y directa al siglo XIX y primeros decenios del XX, se plantearon ya unos temas que serían posteriormente estrellas: el de la estructura interna y el de la geografía artesanal e industrial del socialismo de referencia marxista<sup>10</sup>. En relación particular con la UGT, yo mismo intenté un cierto tratamiento que pretendía destacar tanto su fuerte contenido sindical, como su apuesta a la postre fallida de dirigir y vertebrar el socialismo no ya simplemente moderado sino aquél más unido a determinados sectores de oficio y cualificado dentro de la industria textil<sup>11</sup>. El desarrollo y profundización posterior ha reportado una insistencia muy generalizada en el peso e importancia del oficio y el trabajo cualificado en relación al sindicalismo español, particularmente el de la UGT<sup>12</sup>.

---

P.: «The Labour Movement in Spain before 1914», en GEARY, D. (ed.): *Labour and Socialist Movements in Europe before 1914*, Oxford, Berg, 1989, y *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España, 1879-1936*, Santander, 1993. Reténgase también GIRÓN, José (ed.): *UGT. Un siglo de historia (1888-1988)*, Oviedo, 1992, y REDERO, M. (dir.): *Estudios de Historia de la UGT*, Salamanca, 1992.

<sup>9</sup> Cfr., en especial, BALCELLS, A.: «El socialismo en Cataluña hasta la guerra civil», en JULIÀ, S. (ed.): *El socialismo en las nacionalidades y regiones*, Madrid, 1988, así como SMITH, A.: «The failure of the UGT and PSOE in Catalonia, 1888-1915», *Journal of the Association for Contemporary Iberian Studies*, vol. 2, 2, autum 1989, pp. 27-38. Por su parte, CASTILLO, S.: «Una década de socialismo en Cataluña (1886-1895)», *Estudios de Historia Social*, 54-55, Madrid, 1991, pp. 137-236, aportó muchos datos y precisiones. A retener, también, la discusión sobre diversos aspectos de caracterización e interpretativos efectuada posteriormente en AAVV: *Socialisme i obrerisme*, Barcelona, 1996, con textos, entre otros, de Montserrat DUCH, David BALLESTER, Pere GABRIEL y Andreu MAYAYO.

<sup>10</sup> RALLE, M., «Un "socialisme de métiers"? Culture politique ouvrière et "obrerros de artes y oficios" (1870-1900)», en MAURICE, J., MANGUIEN, B., y BUSSI-GENEVOIS, D. (eds.), *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine*, Saint-Denis, PVU, 1990, pp. 169-178. Asimismo, ELORZA, A., y RALLE, M.: *La formación del PSOE*, Barcelona, 1989.

<sup>11</sup> GABRIEL, P.: «Sindicalismo y sindicatos socialistas...», *op. cit.*

<sup>12</sup> SMITH, A.: «Trabajadores "dignos" en profesiones "honradas": los oficios y la formación de la clase obrera barcelonesa (1899-1914)», *Hispania*, 56, Madrid, 1996, pp. 655-687. BYRNE, J.: «Trabajo y conflictividad social en el sector de la

Otras cuestiones importantes han sido la del funcionamiento interno y la de las discusiones acerca de la democracia industrial<sup>13</sup>. Aunque, y no es nada secundario, se ha avanzado mucho en la reconstrucción institucional y básica de la organización, tanto en general<sup>14</sup>, como en sus realidades regionales y locales, en particular y para el caso catalán, con un detallado estudio de David Ballester<sup>15</sup>.

## La definición de un modelo sindical

Hay que partir de un hecho muy elemental y básico: la UGT se crea bajo el paradigma de la necesidad de la unión de todos

---

construcción de Madrid 1900-1914», *Sociología del Trabajo*, 11, Madrid, 1992, pp. 115-147.

<sup>13</sup> Había avanzado ya en esta dirección PÉREZ LEDESMA, M.: «La primera etapa de la Unión General de Trabajadores (1888-1917). Planteamiento sindical y formas de organización», en BALCELLS, A. (ed.): *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*, Valencia, 1977. Entró de lleno en la cuestión, después, FESEFELDT, H.: *Vom Netzwerk zum Zentralverband: die Entstehung der sozialistischen Gewerkschaftsbewegung in Spanien, 1888 bis 1923*, Bonn, Dietz. Un sugerente análisis sobre la pretensión y el discurso de la extensión de la democracia a la fábrica en BARRIO ALONSO, Á.: *El sueño de la democracia industrial. Sindicalismo y democracia en España, 1917-1923*, Santander, 1996.

<sup>14</sup> Aquí es obligado referirse a la *Historia de la Unión General de Trabajadores*, dirigida por S. CASTILLO, de la que se han publicado hasta el momento los volúmenes 1, *Hacia la mayoría de edad (1888-1914)*, del mismo S. CASTILLO, Madrid, 1998, y 2, *Historia de la UGT (1914-1930)*, Madrid, 1998, de J. L. MARTÍN RAMOS. Esta historia ha venido a superar la recopilación histórica sobre la UGT que en los setenta había hecho el viejo militante Amaro del Rosal, con libros en 1976, 1977 y 1978; también el repaso sintético de J. AISA y V. M. ARBELOA (1975).

<sup>15</sup> La tesis de BALLESTER, D.: *Marginalitats i hegemonies: La Unió General de Treballadors de Catalunya, 1922-1939, Tesi doctoral dirigida per Dr. Pere GABRIEL*, Universitat Autònoma de Barcelona, 1995, dio lugar a dos libros: *Marginalitats i hegemonies: La UGT de Catalunya (1888-1936)*, Barcelona, 1996, y *Els anys de la guerra. La UGT de Catalunya (1936-1939)*, Barcelona, 1998. Se trata de un estudio especialmente rico en relación con los años veinte y treinta. El mismo autor ha completado posteriormente el análisis para la etapa de la postguerra y la lucha anti-franquista. Cfr. BALLESTER, D.: *Els homes sense nom. L'exili i la clandestinitat de la UGT de Catalunya (1939-1976)*, Barcelona, 2003. Existen otros estudios regionales y alguno local recientes, entre los que son de destacar GUTIÉRREZ, C., y SANTOVEÑA, A.: *UGT en Cantabria (1888-1937)*, Santander, 2000; SANTALLA LÓPEZ, M.: *Historia da UGT de Ferrol e Comarca (1890-1972)*, Santiago de Compostela, 1996. Sin olvidar que, en este ámbito, fue pionero el estudio para Aragón de Luis GERMÁN ZUBERO (1979).

los trabajadores para la defensa de sus intereses. Es esta unión lo importante, lo fundamental, y el principal objetivo no puede ni debe ser otro que el de una estructuración organizativa interna potente y estable, que los militantes más conscientes y esforzados deben asegurar. Estamos ante una apuesta de central sindical, que se quiere válida para organizar a todos —repito, todos— los trabajadores de toda España. De hecho, también en el caso de la UGT, el modelo que se intenta es deudor de una lectura sindicalista de la Primera Internacional, que había fijado una cierta identidad entre clase obrera y organización sindical. Las diferencias, que existen y son importantes, con los anarcosindicalistas por un lado y con los socialistas reformistas por el otro, se sitúan en cómo se quiere construir la unión y, en otros terrenos, por ejemplo en relación con las formas de llevar adelante los conflictos laborales, pero no en la aspiración compartida a representar a todos los trabajadores. Evidentemente, pronto la realidad marcará ritmos e impondrá muchas limitaciones a las pretensiones de unos y otros, pero no por ello y durante bastante tiempo se alterará el discurso y el objetivo, por parte de los dirigentes socialistas, de construir una gran central sindical.

Es normal el peso, especialmente en Cataluña, del sindicalismo de la Internacional. Quizás no se ha dedicado bastante atención a la mayoritaria trayectoria internacionalista de los principales dirigentes catalanes que fundaron la UGT, al lado de sus dos líderes indiscutibles y más conocidos, García Quejido y Reoyo, que, como se sabe, formaron parte de la diáspora del primer Partido Obrero madrileño. Carlos Duval, que era tipógrafo, provenía de Mallorca, donde, después de haber formado parte de la FRE de la AIT en 1870-1873, junto al zapatero y futuro referente del PSOE mallorquín Francesc Roca, había levantado a partir de 1881 la FTRE frente a los republicanos de la Unión Obrera Balear<sup>16</sup>. El tejedor y dirigente de las «Tres Clases de Vapor» de Mataró, Rafael Orriols, parece haber destacado ya en 1873; a su vez, el zapatero Josep Caparó fue internacionalista y dirigente de la Unión de Constructores del Calzado de la Región Española<sup>17</sup>. De los principales dirigentes uge-

---

<sup>16</sup> Cfr. GABRIEL, P.: «Entorn del moviment obrer a Mallorca el segle XIX (I)», en *Randa*, 1, Barcelona, 1975, pp. 113 y ss. También, GABRIEL, P.: «Entorn del moviment obrer a Mallorca el segle XIX (II)»; *Randa*, 2, Barcelona, 1976, pp. 101-122.

<sup>17</sup> Cfr. AA.VV.: *Diccionari biogràfic del moviment obrer als Països Catalans*, Barcelona, 2000, p. 321.

tistas del siglo XIX en Cataluña, sólo Josep Comaposada, también zapatero y más joven, no parece haber mantenido una relación directa e importante con el sindicalismo de la Primera Internacional<sup>18</sup>.

¿Con qué organización y, sobre todo, con qué estrategia laboral se intentó construir aquella nueva central sindical? En su etapa barcelonesa, la realidad impone más bien el simple y ya viejo societarismo de oficio, así como una actuación más de impulso que de coordinación, que pronto se manifiesta difícil, y ello a pesar de que los dirigentes, propiamente los hombres de la UGT, quisieran ir más allá. Como es bien conocido, en el Congreso fundacional de 1888 la esperanza para la nueva organización se situaba en la representación de algunas sociedades relacionadas con el textil de la montaña catalana, aunque las más organizadas y a la postre más identificadas con el modelo ugetista fuesen las que componían la Federación Tipográfica y algunas sociedades de oficio de Madrid y Barcelona<sup>19</sup>. La dirección de García Quejido, Toribio Reoyo y algún otro como Carlos Duval tuvo claro que el reto de la nueva organización estaba en su capacidad por hacerse con el control y la vertebración del textil en Cataluña. Era aquel mundo el que justamente les había decidido a dar el paso para la organización del Congreso tras la ruptura con el sindicalismo moderado y reformista de *El Obrero* y las «Tres Clases de Vapor». El control del textil, en la medida que se trataba del sector industrial más desarrollado, que empleaba sin duda al mayor número de obreros y obreras de toda España, aseguraba no ya la realidad catalana de la nueva central sino más globalmente española. El textil era y continuaría siendo clave en la dinámica del movimiento obrero catalán: su control era el que aseguraba la existencia de una articulación amplia y general de la población obrera catalana; sin el textil no

---

<sup>18</sup> Habré de reiterarlo a lo largo de este artículo. Faltan las biografías de los dirigentes y hombres de la UGT y el PSOE ochocentistas en Cataluña, de los que sólo contamos con indicaciones y detalles concretos de su actividad en tal o cual congreso o mitin. Es el caso de Josep Comaposada i Gili (1859-1933), un caso especialmente grave dada su especial relevancia no sólo a finales del siglo XIX sino a lo largo de las primeras décadas del XX.

<sup>19</sup> No he de insistir en la precariedad de la etapa inicial de la UGT, en su etapa de dirección barcelonesa. Después de su congreso fundacional sólo 28 de las 44 sociedades allí representadas se afiliaron, en su II Congreso, que se reunió en Vilanova i la Geltrú en 1890; no se logró ni la asistencia de delegados de todas las sociedades catalanas, y entre 1893 y 1896 sólo pudieron aparecer tres números de su órgano oficial, *Unión Obrera*.

existía ninguna posibilidad de funcionamiento efectivo, catalán, para cualquier opción de central sindical, y el movimiento obrero aparecía entonces fragmentado, con manifestaciones locales, sin conexión ni posibilidad de acciones y conciencia de conjunto. El éxito de la FRE en Cataluña se basó justamente en que, bien que mal, la dirección barcelonesa logró mantener un cierto control sobre el textil más allá de la capital. Posteriormente, la FTRE ganó la batalla de 1881-1883 porque logró mantener una importante presencia en el textil, a pesar de que las «Tres Clases de Vapor» y la ANTE le disputaron con fuerza el terreno. En realidad, la FTRE catalana tuvo que recurrir al prestigio e impacto general español, especialmente en Andalucía, para mantener la hegemonía, aunque no es éste el lugar para matizar la fuerza sindical de la FTRE en Cataluña, que, no lo olvidemos, perdió cerca de la mitad del apoyo con el que había contado la FRE en 1873. En cualquier caso, aquel obrerismo textil catalán, disputado y dividido, sería la base de la configuración del modelo socialista y sindical reformista del *El Obrero* y, como acabo de decir, la base posible —soñada— de una afirmación de la UGT como central. Más adelante, los diversos intentos finiseculares de reformulación de la propuesta anarcosindicalista (FRC, FSRC) y la experiencia de Solidaridad Obrera tuvieron siempre en el textil su punto débil y, en su caso, la base de unas coyunturas de éxito. La espectacular articulación catalana de la CNT en 1919 no se explica sin la hegemonía lograda —a pesar de las tensiones internas que subsistieron— en el textil más allá de Barcelona<sup>20</sup>.

Es este contexto el que permite percatarnos de la gran importancia de las batallas que emprendieron los socialistas de referencia marxista en Cataluña alrededor de la Unión Fabril Algodonera de 1895-1899 y, quizás con menor fuerza, ante la Federación Textil de 1901<sup>21</sup>. Para la UGT, al igual que había sucedido con la FTRE años atrás,

---

<sup>20</sup> En mi tesis doctoral incluí un amplio capítulo sobre la evolución de las federaciones de oficio en el siglo XIX y principios del XX, con una valoración especial de esta temática. Cfr. GABRIEL, P.: *Classe obrera i sindicats a Catalunya, 1903-1920*, Tesi de doctorat dirigida per S. CONDOMINAS, vol. I, Universitat de Barcelona, 1981, pp. 453-591.

<sup>21</sup> GABRIEL, P.: *Classe obrera i sindicats a Catalunya...*, op. cit., vol. 1, pp. 488 y ss. También, SMITH, A.: «Social conflict and trade-union organisation in the catalan cotton textile industry, 1890-1914», *International Review of social History*, XXXVI, Amsterdam, 1991.

si no lograba el textil, el único recurso para su implantación también en Cataluña era el referente español.

La diferenciación respecto del anarcosindicalismo era bastante clara y no presentaba en principio excesivos problemas de definición. Se trataba para aquellos marxistas de asegurar un movimiento estable, sin aventurismos ni radicalismos, distinguiendo al menos en teoría los terrenos de actuación en la política y en el mundo sindical. El problema fue que la concreción de su modelo debía inevitablemente chocar con el que estaban desarrollando los reformistas. Entre los principales puntos de fricción, que la polémica escrita exageró un tanto, destacaron: por un lado, en el terreno más estrictamente sindical, las huelgas, el mutualismo y el cooperativismo; por el otro, y con muchas implicaciones en estos aspectos sindicales, la política en relación con los republicanos y la mayor o menor voluntad de implicación y sumisión a los proyectos de intervención reformista del Estado. Como es conocido, el primer ugetismo se mostró reacio a las huelgas, que quería seguras, y no dejó, inicialmente, de minimizar un tanto los esfuerzos mutualistas y cooperativistas, aun bajo el peso de la argumentación que habían mantenido sus mayores en relación al aristocratismo obrero que estas opciones podían representar. Respecto de los republicanos, pesaba la necesidad de marcar terrenos y el discurso sobre el contenido burgués y capitalista de las repúblicas existentes y de muchos republicanos; a su vez, como se estaba demostrando con reiteración, las esperanzas en acciones reformistas del Estado de la Restauración no podían sino ser mínimas. De hecho, y de forma contradictoria, aquellos primeros hombres de la UGT se encontraron con que querían levantar un edificio moderado y útil, mayoritario y abierto, pero, en la práctica, se veían constreñidos a mantener simplemente una mínima sociabilidad más o menos propia y sectaria, a la defensiva, esperando tiempos mejores<sup>22</sup>. Era más

---

<sup>22</sup> Hay en este punto un hecho sin duda importante, aún por aclarar. Cuando marchó García Quejido por primera vez de Barcelona, en 1892-1894, parece haberse abierto una brecha entre éste y otros dirigentes como Reoyo y Comaposada. Lo cierto es que surgió una disidencia importante que vino a situar la UGT en manos de Basilio Martín Rodríguez por un lado y de la Agrupación Socialista, con Reoyo y Comaposada, por el otro. En 1895 hubo dos centros de referencia socialista marxista en Barcelona. Estaba el Centro Obrero de la calle de la Guardia, núm. 9, donde se situaron Martín Rodríguez y la UGT, y que, con el apoyo de García Quejido, dio impulso al llamado Fomento de Estudios Sociológicos (también conocido como Centro Marxista de Estudios Sociales). Enfrente se situaba el Círculo Socialista,

clara, coherente y explícita la opción del socialismo y sindicalismo reformistas. Aunque, como sabemos, el problema estaba en que la situación política general y el régimen no permitían tampoco su desarrollo ni un gran éxito.

Porque lo importante debía ser para qué servían, si es que servían de algo, aquellas pequeñas (no llegaban a más) superestructuras sindicales. En realidad, si bien nos fijamos, a finales del siglo todas las apuestas militantes obreristas, especialmente las que se fundamentaban en la creación de ambiciosas centrales sindicales, habían fracasado. Es por aquí donde toman gran importancia los debates de la historiografía actual sobre el peso y la persistencia del oficio y la producción de base artesanal y de pequeña empresa, abocados al mercado local, así como la constatación de la falta de un mercado nacional integrado y un estructura de trabajo industrial de alcance general en España. El peso de las situaciones locales era muy acusado. Existían múltiples mercados y centros de pequeña producción donde imperaba el autoconsumo, con poca industria para la exportación e incapaces de acceder al mercado de todo el Estado. Incluso la industria del textil mantenía unas condiciones comarcales y locales de trabajo e —incluso— de estructuras y jerarquías dentro de la empresa muy diferenciadas. Otros sectores que iban a tirar hacia adelante, como la minería, los ferrocarriles, el gran transporte marítimo o la siderurgia, continuaban a finales del siglo en una situación aún de gran peso local. La situación, de todas formas —y habré de volver sobre ello— era bipolar: no faltaban realidades de gran

---

con la Agrupación Socialista, en la calle del Conde de Asalto, núm. 73, dominado por Reoyo, Comaposada, Duval, y Pich y Creus. En 1897 ambos grupos pasaron a residir en una misma calle, la de la Reina Amalia, pero en dos locales distintos, respectivamente en los números 3 y 38. Ahora, en el local de la Agrupación Socialista, se había refugiado también el llamado Grupo de Corporaciones Obreras de Barcelona y Contornos. Por su parte, el núcleo de Martín Rodríguez, auspiciaría a principios de 1899 una Federación de Sociedades Obreras del Llano de Barcelona. Martín Rodríguez se opondría, como sabemos, sin éxito, al traslado de la dirección a Madrid en el Congreso de este mismo año de 1899. La no conservación del primer órgano de los socialistas barceloneses del PSOE, *La Guerra Social* (1891-1893), así como el carácter del *Boletín Socialista* (1894) y, sobre todo, de *La República Social* (1896-1897) de Mataró, que, recordémoslo, estaba en manos de Reoyo, o, en fin, el hecho de que sólo se publicara un único número de *La Verdad social*, el órgano del Ateneo Socialista Barcelonés, en enero de 1899, oscurece un tanto la trayectoria y planteamientos del grupo de Martín Rodríguez y dificulta sin duda conocer con mayor detalle el inicio de la polémica y la escisión.

industria y desarrollo en esta dirección pero su hegemonía tardaba en llegar; formas anteriores persistían con fuerza y en muchos lugares mantenían también espacios hegemónicos.

Es esta bipolaridad la que iba a marcar de forma compleja el desarrollo del sindicalismo en el nuevo siglo. Antes, sin embargo, lo que existe es una fuerte inadecuación de las propuestas de los grupos militantes a la realidad obrera del momento. Fijémonos en algo sencillo: las centrales sindicales en buena parte de Europa no son sino apuestas muy de finales del siglo XIX o de principios del XX (la CGT francesa en 1896, la CGIL de Italia en 1906<sup>23</sup>). Lo que domina son federaciones más o menos comarcales y regionales, a combinar con una progresiva expansión de las federaciones de industria y sólo al final llegan las «confederaciones» —subrayo, confederaciones—. En España, donde a diferencia de otros lugares, la Primera Internacional tuvo un fuerte carácter de central sindical, hubo, sucesivamente y con una cierta continuidad a pesar de las represiones e ilegalizaciones, la Federación Regional Española de la AIT, la Federación de Trabajadores de la Región Española, Asociación Nacional de Trabajadores de España, la Unión General de Trabajadores, y la Federación de Resistencia al Capital<sup>24</sup>. ¿Por qué esta insistencia de la vanguardia obrera en empeñarse en construir grandes estructuras sindicales? Influyó sin duda la identificación que se había establecido desde muy pronto entre unitarismo sindical y vertebración de la clase obrera, a la que ya he hecho referencia.

Cuando discutimos estos aspectos, en especial respecto de la UGT, podríamos percatarnos de que en realidad quien muchas veces tenía razón, al lograr imponer sus intereses frente a los dirigentes, eran los grupos más locales y apegados a la más elemental actividad de autodefensa sindical. Al menos intentaban y en unas pocas ocasiones conseguían unos pequeños éxitos. De todas formas, tampoco los dirigentes eran tan ciegos. El discurso servía para mantener de algún modo un norte, que podía dar sentido a una actuación a largo

---

<sup>23</sup> Las organizaciones de larga trayectoria creadas en el siglo XIX y que mantienen una denominación de alcance general y estatal, como es el caso del TUC británicas o de la ADGB alemana, tienden a actuar de forma muy descentralizada y sobre todo «comarcalizada».

<sup>24</sup> He tratado con algún detalle esta opción, de base anarcosindicalista compleja, en GABRIEL, P.: «Movimiento Obrero y Restauración borbónica», en DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (dir.): *Historia de España. La Restauración (1874-1902)*, vol. X, Barcelona, 1990, pp. 371-457.

plazo y que permitía la diferenciación de las diversas alternativas existentes. En este sentido, como los más recientes trabajos están demostrando, los dirigentes eran conscientes de que tenían unos estatutos y unos reglamentos teóricos que les permitían dirigir el movimiento, pero que esto por sí solo no bastaba. De ahí que el famoso tema de la no aceptación de huelgas reglamentarias —con todo lo que ello podía reportar— no fuera en muchos casos sino una inhibición a favor de las dinámicas y exigencias locales de los sindicatos<sup>25</sup>. O que su denuncia general de la poca disposición del Estado a la reforma social efectiva no impidiese en ningún caso el aplaudir los pequeños éxitos logrados en el día a día, en tal población u otra.

Muchos atribuyeron parte del fracaso de la presencia de la UGT en Cataluña a las reacciones de la dirección madrileña ante la huelga general de Barcelona de 1902. Ciertamente, desde Madrid, la actitud de los socialistas del PSOE frente a la huelga general de enero-febrero de 1902 fue especialmente crítica y dura. La consideraron sólo un desastre y atribuyeron toda la responsabilidad a los anarquistas, llegando, según se dijo, a bloquear la llegada de subsidios para los huelguistas que procedían del extranjero. En *El Socialista* del 17 de enero de 1902 se podía leer: «Por suerte para los obreros barceloneses ha fracasado la huelga general que querían suscitar los ácratas. A estas horas habrían corrido arroyos de sangre proletaria [...], se habrían disuelto todas o la mayor parte de las sociedades obreras e impuesto el estado de guerra». Con este tipo de argumentaciones, los beneficiados de la crisis, real, que generó en el movimiento obrero y sindical barcelonés el fracaso final de la huelga, iba a ser aprovechado por el lerroxismo, no por los socialistas<sup>26</sup>. No fue, a lo que parece, sólo una actitud del socialismo de Madrid sino, también, del «psoisismo» de Barcelona, por lo que puede deducirse de la fragmentaria colección conservada de *La Guerra Social* (1901-1903) de Barcelona y del boletín oficial de la UGT, *La Unión*

---

<sup>25</sup> Esta es una de las explicaciones desarrolladas por FESEFELDT, H.: *Vom Netzwerk zum Zentralverband...*, *op. cit.*; también, del mismo autor, «Centre i periferia: la política sindical socialista de la Unió General de Treballadors, 1888-1923», *Recerques*, 42, Barcelona, 2001, pp. 61-88.

<sup>26</sup> Como en su momento ya hicieron notar los estudios clásicos de CONNELLY ULLMAN, CUADRAT o ROMERO MAURA y, más adelante, tanto JOAN B. CULLA, como JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO.

*Obrera* (1896-1915)<sup>27</sup>. De todas formas, si escapamos del estrecho cerco de la polémica sobre la intervención de los socialistas y vamos a otras fuentes y lecturas, pronto nos daremos cuenta de que muchos pensaban lo mismo que decía Pablo Iglesias, tanto dentro del obrerismo organizado como entre las diversas familias republicanas. Era difícil no ver en la generalización de la huelga un camino sin una excesiva salida que podía llevar a la derrota, la represión y la desorganización. Si existió, sin embargo, un error socialista, de nuevo compartido por muchos observadores, el de considerar el movimiento como producto de la simple decisión de los anarquistas y no el producto de una realidad política y social barcelonesa que llevaba a muchas sociedades obreras a ser comprensivas e incluso defender el movimiento. No debiéramos olvidar que buena parte de los dirigentes de las sociedades obreras barcelonesas eran los mismos que habían logrado algún éxito con una movilización similar, la de 1890 y, aunque menos, también la de 1891.

Por otro lado, y en relación con otra de las características básicas del primer sindicalismo de la UGT, el debate clásico sobre el antirrepublicanismo impuesto por Pablo Iglesias, ha oscurecido la importancia y fuerza del debate de los socialistas y ugetistas catalanes ante el lerrouxismo. Situados en Barcelona, puestos a hacer política, incluso política no claudicante, los republicanos podían hacerla mejor, que no los socialistas. Además, su modelo «constructivo», el del mutualismo y el cooperativismo, podía parecer, a partir, por ejemplo, del éxito de la Casa del Pueblo de Lerroux, una obra sólida y efectiva. Ante ello, los socialistas se encontraban de nuevo cogidos a contrapié, un poco como les había pasado ante los reformistas en los ochenta y noventa. Porque en Cataluña existía, y desde hacía tiempo, un potente socialismo reformista y liberal que continuaría en manos de las viejas pautas ochocentistas de base fundamentalmente republicana (no se ha valorado suficientemente este contenido «socialista» del republicanismo catalán, distinto al caso español, donde sólo algunos sectores federales podían situarse en una línea equivalente).

### **El espejismo del socialismo socialdemócrata y mutualista europeo**

Es, desde hace tiempo, sabido, pero aún continua a veces ignorándose, que el movimiento de Solidaridad Obrera partió de una

---

<sup>27</sup> Así lo destaca BALLESTER, D., *Marginalitats i hegemonies...*, op. cit., p. 46-47.

iniciativa socialista, en la que tuvieron mucho que ver obreros ilustrados del comercio como Antonio Badía Matamala<sup>28</sup> y un universitario como Antonio Fabra Ribas (1879-1958)<sup>29</sup>. Surgió en pleno debate sobre la necesaria reformulación de los parámetros del viejo sindicalismo del ochocientos y la creciente apuesta del obrerismo militante por la llamada base múltiple y la necesaria independencia y autonomía de los sindicatos respecto de todos los partidos, incluidos los socialistas.

A principios de siglo, la cuestión de la base múltiple fue muy importante, porque a muchos les pareció que constituía la única

---

<sup>28</sup> Presidió, al menos desde 1903, la Asociación de la Dependencia Mercantil de Barcelona y tuvo un papel muy activo y destacado tanto en la Federación Nacional de Dependientes de Comercio de principios de siglo como en la constitución y desarrollo de Solidaridad Obrera en 1906-1910. Dirigente e impulsor también de la FSC, mantuvo un duro enfrentamiento con los lerrouxistas y el periódico *El Progreso*, que le acusó de confidente de la policía. Parece haberse automarginado después de la Semana Trágica.

<sup>29</sup> Fabra Ribas fue uno de los pocos socialistas españoles que a principios del siglo conoció e intervino en la dinámica del socialismo europeo. Hijo de un militar de Barberà de la Conca, nació en Reus y, en 1901, después de cursar estudios de letras y derecho en Barcelona, marchó a París, y a Inglaterra, desde donde colaboró en *La Revista Socialista* (Madrid, 1903-1905) usando el seudónimo de «Marco Antonio». Trabajó como educador en escuelas de idiomas de Belfast, Glasgow, Edimburgo y Londres. Pasó después a Berlín (donde enseñó castellano en la escuela de Guerra) y, unido ya al grupo socialista de Jaurès y colaborador de *L'Humanité*, en 1907 representó a las Juventudes Socialistas Españolas en el Congreso de la IS que se reunió en Stuttgart. Volvió a Barcelona a principios de 1908 y tuvo un gran protagonismo en el movimiento de Solidaridad Obrera y la Federación Socialista Catalana, y creó *La Internacional* (1908-1909) como órgano de la misma. Exiliado después de los hechos de la Semana Trágica, estuvo, como veremos, también muy activo, en París hasta 1918, redactor de *L'Humanité*. Mantuvo, especialmente hasta 1918-1919, una fuerte presencia en la prensa y los debates de los socialistas catalanes, en especial a través de *La Justicia Social* en 1910-1916 (y españoles a través de *El Socialista*). De vuelta en España, fue redactor de *El Sol* y, a continuación, director de *El Socialista* en 1919-1920. Pronto entró a trabajar en el Instituto de Reformas Sociales, y, a continuación, en 1923, entró en el Ministerio de Trabajo, donde estuvo hasta 1936. Actuó asimismo como corresponsal de la OIT. Su papel político general fue especialmente alto en los años de la crisis de la primera posguerra, cuando mantuvo una fuerte ascendencia intelectual sobre Largo Caballero. Su influencia decayó a partir de 1924-1925 —no fue reelegido en las ejecutivas del partido y el sindicato en los Congresos de 1928, por más que continuó como técnico muy relacionado con el partido—. En 1931-1933 fue director general de Trabajo con Largo Caballero. En 1936-1939 actuó de ministro plenipotenciario español en Berna. Tras un exilio en Colombia y Venezuela, donde realizó una intensa actividad cooperativista, en 1949 regresó a España.

salida ante el constante hacer y deshacer en que se había convertido el movimiento estrictamente sindical y de reivindicación. La nueva formulación debía servir para «engancharse» a la organización a los trabajadores y evitar la excesiva dependencia de su afiliación respecto de la presentación de unas nuevas bases de trabajo y la perspectiva de una huelga, que era lo que siempre sucedía, fuera quien fuera el convocante. Los hombres del sindicato, de la sociedad de oficio del lugar normalmente, elaboraban unas primeras propuestas de bases de trabajo, llamaban a una asamblea del oficio y si el momento era el adecuado, los obreros acudían en masa. Entonces se discutían aquellas bases, había discursos más o menos exaltados o radicales y otros sensatos y operativos. Se fijaban definitivamente las demandas y la comisión que debía entrevistarse con los patronos; la respuesta era casi siempre negativa y por tanto se abría un periodo de asambleas y nuevas negativas patronales que conducían, si más no, a la amenaza de huelga. A veces el movimiento terminaba con algún éxito parcial y en muchas ocasiones con derrotas y desmovilizaciones. Entonces, de nuevo, los hombres de los sindicatos se encontraban solos. En un nuevo trabajo de Sísifo debían volver a empezar su labor de apostolado. Por este camino, muchos socialistas creyeron que no se iba a ninguna parte, porque por mucho que propagasen la necesidad de la unión y la organización, a los obreros en el día a día de su vida cotidiana no podían bastarles ni las palabras ni tan sólo el convencimiento. Precisan de obra efectiva y ésta sólo podía venir de ampliar las funciones y servicios de los sindicatos, al margen de la directa reivindicación laboral ante el empresario. En concreto, la solución se vio en la instauración, junto con el sindicato, de servicios mutuales (asistencia médica, ayudas en caso de accidentes, pensiones) y cooperativos (de consumo fundamentalmente), al lado de la labor en la enseñanza, que contaba con una larga trayectoria. Como se ve, en el fondo, sólo se trataba de asumir el socialismo mutualista y cooperativista de tradición republicana y demócrata, el cual, por otro lado, estaba adquiriendo un gran protagonismo en Barcelona a partir de las campañas del lerrouxismo en relación con las casas del pueblo y, más en general, en toda Europa, donde se asistía al levantamiento de grandes e imponentes edificios de cooperativas o de casas del pueblo. También existían este mutualismo y cooperativismo en los ámbitos marxistas. Ahora bien, la novedad estaba en la voluntad de llevar al sindicato este socialismo mutualista. Lograr

que los trabajadores para obtener aquellos beneficios mantuvieran su afiliación al sindicato, lo cual no era nada fácil y dependía, para empezar, de la capacidad de convicción con que los nuevos dirigentes fueran capaces de demostrar que con esta trabazón las ventajas efectivas y concretas serían mayores.

Esta apuesta por la base múltiple, que claramente se movía dentro de la tradición artesanal y gremial de muchos dirigentes de las sociedades obreras del momento, exigía romper de algún modo, al menos en Cataluña, con la imagen de una excesiva dependencia respecto de la centralidad y la «burocracia» de la UGT. Una de las acusaciones más persistentes contra los socialistas era que sólo querían mantener las sociedades para lograr sobresueldos. Además, la apuesta por el nuevo sindicalismo exigía aumentar las cuotas de cotización —aunque en teoría se ofrecieran mayores servicios— y no era el caso de sobrecargar las exigencias con el sello de la Unión. Además, situado el debate de la afiliación sindical en el terreno estricto de la eficacia, por fuerza la definición ideológica del movimiento debía minimizarse un tanto. De ahí que surgiera el famoso tema de la despreocupación —relativa al menos— de los nuevos socialistas catalanes en relación con la UGT. De todas formas su apuesta, también en este punto, era compleja y ambiciosa. Se trataba de centrar la atención y el esfuerzo en la vertebración sindical amplia del movimiento societario, a través de sindicatos, federaciones locales y provinciales especialmente que mantuvieran, como hemos visto, una dirección no sólo de la lucha reivindicativa laboral sino al mismo tiempo del societarismo mutualista y cooperativo. Se confiaba que, en un plazo relativamente corto, los socialistas lograrían la confianza del movimiento y, al mismo tiempo, la propia UGT aparecería como necesaria y útil. Entonces habría llegado el momento de la afiliación, que se entendía por tanto como la culminación de un proceso, en el que se creía, de desarrollo del movimiento obrero. Entre tanto, bastaba con que las viejas y esforzadas afiliaciones se mantuvieran.

Fue en esta doble dirección, la del socialismo de base mutualista y la de una primera vertebración autónoma del societarismo obrero de resistencia, que el nuevo grupo joven dirigente de los socialistas catalanes se acercó —mejor sería decir coincidió— a las tesis del llamado sindicalismo revolucionario. No es éste el lugar para entrar en el detalle del desarrollo concreto de Solidaridad Obrera y el progresivo peso que en la misma adquirieron los anarcosindicalistas.

Aquí interesa más fijarse en que esta evolución o renovación de las pautas sindicales del socialismo marxista catalán tuvo mucho que ver con su entrada en el debate internacional. Tuvo por ello un gran papel la propia trayectoria y biografía personal de Fabra Ribas, que, como hemos visto, estuvo fuera, en Inglaterra, Francia y Alemania, y fue a principios del siglo uno de los pocos dirigentes socialistas españoles que intervino en los debates del socialismo internacional. Pero no fue sólo eso. El debate era general y su impacto en España tuvo ahora su importancia, a diferencia de lo que había ocurrido en años anteriores, cuando el eco en España de las polémicas de la Segunda Internacional había sido muy débil. Fue entonces cuando empezaron a llegar y circular entre los dirigentes más jóvenes los debates franceses sobre el sindicalismo revolucionario —en los que intervinieron, no lo olvidemos, muchos socialistas— y, quizás con mayor importancia aún, fue entonces cuando se empezaron a difundir los éxitos y la potencia y complejidad del mundo socialista alemán o belga. Fue también entonces cuando empezaron a llegar colecciones importantes informativas de la Internacional Obrera, como la serie de la *Enciclopedia Socialista* de 1912-1913. Sin olvidar que un naciente socialismo liberal, conecedor y admirador del fabianismo inglés, tuvo también su espacio en Cataluña, especialmente de la mano de Gabriel Alomar e, incluso, de Rovira i Virgili<sup>30</sup>.

Una de las derivaciones de esta internacionalización, si se quiere afrancesada, del socialismo catalán fue su firme intervención en la campaña antimilitarista y en contra de la guerra. Fabra Ribas, en este punto, no hacía sino seguir las pautas que marcaban *L'Humanité* y Jaurès, aunque su defensa de una huelga general contra la guerra le acercaba también a los criterios más perentorios y radicales de los antimilitaristas que actuaban en medios anarcosindicalistas y libertarios. Cuando llegó el llamamiento a los reservistas por parte de Maura en 1909 Fabra Ribas encabezó, sin problemas, el famoso comité de huelga que iba a verse superado por los acontecimientos y dio lugar al estallido de los sucesos de la Semana Trágica.

No he de insistir en la importancia de Solidaridad Obrera y de Fabra Ribas, muy activo en este periodo. Hay que tener en cuenta, eso sí, que Fabra Ribas iba a continuar defendiendo la idea de un

---

<sup>30</sup> Son en este sentido muy significativas, por ejemplo, las «Notes Obreres» que Rovira i Virgili mantuvo a partir de 1908 en el periódico catalanista y republicano *El Poble Català*, recogidas y editadas por Jaume Sobrequès en 1986.

«movimiento» socialista y, así, cuando a finales de 1918 se instaló en Madrid, defendió, sin éxito, la integración en una única organización de las cooperativas, los sindicatos y el partido. Menos conocidos son, sin embargo, sus intentos y fuerte actividad desde el exilio parisino en 1909-1918, cuando, aparte de sus escritos de autodefensa y explicación de los hechos de julio de 1909, procuró mantener su presencia e influencia cerca del socialismo español. Formó parte destacada del Comité de Defensa de las Víctimas de la Represión Española, con los anarquistas. De hecho, prosiguió con la política que había llevado a cabo en Solidaridad Obrera y su protagonismo continuó siendo muy alto. Además contó con una plataforma importante como es la de *L'Humanité*. Intervino también muy directamente en la vertebración de los refugiados en París y su área, llegando el grupo socialista a contar con diversas e importantes secciones en la *banlieue* del Norte de la Capital (Saint-Denis, Saint-Ouen...) <sup>31</sup>. En 1910, sacó, aunque sin continuidad, un órgano propio, *La Acción*, a través del cual pretendía no sólo mantener la articulación de los refugiados y emigrantes españoles en Francia —asegurando entre los mismos la presencia socialista— sino establecer un puente en relación con la política del PSOE, la UGT y la situación catalana. Aquel nuevo órgano de prensa fue muy polémico, en la medida en que Fabra continuaba en él su antilerrouxismo y en general denuncia del republicanismo, ya puesto de manifiesto en Barcelona en ocasión de toda la crisis de algunos trabajadores de *El Progreso* en 1908 con la dirección del periódico de Lerroux y la defensa que de los mismos hicieron socialistas y anarquistas interesados en combatir la competencia lerrouxista dentro y fuera de Solidaridad Obrera. Pablo Iglesias, en pleno pacto de la Conjunción Republicano-Socialista, se opuso a ello y el periódico de Fabra hubo de cerrar <sup>32</sup>. Contaría, de todas formas, con la aparición de *La Justicia Social*, primero en Barcelona

<sup>31</sup> Cfr. LILLO, N.: *Espagnols en «banlieue rouge»*. *Histoire comparée des trois principales vagues migratoires à Saint-Denis et dans sa région au xxe siècle*, tesis de doctorado de historia dirigida por Pierre Milza, 3 vols., Institut d'Etudes Politiques, Paris, 2001, 950 p. También, de la misma autora, *La Petite Espagne de la Plaine-Saint-Denis 1900-1980*, Paris, 2004, así como «Españoles en "banlieue rouge": l'intégration à travers le parcours des femmes (1920-2000)», en HERSEN, M., y ZALDMAN, C. (coords.): *Genre, Travail et Migrations en Europe*, Paris, Cahiers du Cedref.

<sup>32</sup> Fabra Ribas hubo de resistir las presiones directas de Pablo Iglesias, que consideraba que el nuevo periódico podía perjudicar la relación con los republicanos. Cfr. F7-13067, Archives Nationales, Paris.

y después en Reus, donde prosiguió su campaña y su opinión contraria a la conjunción con los republicanos.

Ahora bien, todos estos esfuerzos del socialismo catalán por situar el debate sindical en los parámetros europeos no serán sino un espejismo. La inserción del sindicalismo catalán en las discusiones europeas iba a ser cosa de la CNT, cada vez con menor protagonismo socialista, y, en este caso, también terminará por fracasar<sup>33</sup>. Por su lado, la UGT catalana se vio condenada una vez más al repliegue estrictamente defensivo, incapaz de frenar el protagonismo de la CNT, incluso cuando ésta fue ilegalizada. Influyó en ello, como algún autor ha destacado, la negativa de la UGT central a dedicar esfuerzos y campañas de propaganda en Cataluña. Frases como las que pronunció en febrero de 1913 el entonces secretario general Vicente del Barrio, que impuso su opinión en contra incluso del parecer de Pablo Iglesias, no podían sino revelar una conciencia de batalla perdida y, al mismo tiempo, de total incompreensión de cuál había sido la política sindical intentada por Fabra Ribas y su grupo. Vicente del Barrio, al justificar su negativa a implicar la UGT en una campaña de propaganda en Cataluña, dijo: «No por ahora, sino en mucho tiempo por desgracia, podrá llegar la Unión a conquistar la organización obrera de Cataluña por el carácter localista de aquellos trabajadores»<sup>34</sup>. De todas formas, no hemos de pensar en una total falta de actividad. En aquella época, abierto y muy enconado el enfrentamiento entre mauristas y anti-mauristas, Toribio Reoyo<sup>35</sup> y Amparo Martí<sup>36</sup> formaron un fuerte

<sup>33</sup> Cfr. el intento, importante, de Josep Negre en relación con el congreso frustrado del sindicalismo revolucionario mundial en Londres en 1913. Cfr. GABRIEL, P.: «Sindicalismo y huelga. Sindicalismo revolucionario francés e italiano. Su introducción en España», en *Ayer*, 4, Madrid, 1991, pp. 40 y ss.

<sup>34</sup> Cfr. UGT. Actas II/III-1913, citado por BALLESTER, D.: *Marginalitats i hegemones...*, op. cit., p. 57.

<sup>35</sup> Las principales indicaciones biográficas sobre Toribio Reoyo (1850-1918) se pueden encontrar en CASTILLO, S., *Historia de la UGT*, vol. I..., op. cit., pp. 186 y ss.; también de manera dispersa se encuentran detalles en MORATO, J. J. (ed.) y notas de ARBELOA, V. M.: *Líderes del Movimiento Obrero Español 1868-1921*, Madrid, 1972; Morato le conoció personalmente desde 1878. De todas formas falta una biografía específica.

<sup>36</sup> Amparo Martí es otro de los personajes importantes del socialismo catalán desconocidos, aún por estudiar. La encontramos ya en la redacción de *La Guerra Social* de Barcelona de principios del siglo; firmó a veces como «Micaela Chalmetta». Delegada activa de la FSC en diciembre de 1908 y redactora de *La Justicia Social*, donde mantuvo una sección fija que se tituló «Conversaciones femenino-obreras»

tándem de propaganda que recorrió diversas poblaciones catalanas y también fue a Mallorca<sup>37</sup>.

## Sindicatos y, también, política

De manera abusiva, al hablar del grupo de Fabra Ribas, se piensa en el núcleo socialista de Reus que asumió la publicación de *La Justicia Social* y quiso lograr, sin grandes resultados al final, una dirección catalana y efectiva de la Federación Socialista Catalana (FSC) sobre el conjunto del socialismo catalán. La relación con Fabra es importante y cierta, pero el grupo reusense, bajo el impulso de Josep Recasens i Mercadé, no fue un simple grupo fabriano. En relación con la política sindical, profundizaron la teoría mutualista que había presentado Fabra y, como ya hemos visto, sin forzar la afiliación a la UGT, tuvieron un notable éxito en las comarcas de Tarragona. Interesados en romper la fragmentación localista y defensiva del sindicalismo de influencia socialista, quisieron aprovechar la nueva y creciente visibilidad del socialismo español —Pablo Iglesias era por fin diputado y pasó a formar parte del escenario político de la izquierda— para hacer avanzar la presencia de la UGT en Cataluña. *La Justicia Social* quiso aprovechar la ilegalización de la CNT para propagar el modelo de la UGT, pero sus reiteradas peticiones a la dirección de Madrid tuvieron la respuesta que ya hemos visto. Aunque, también, debiéramos tener en cuenta el poco apoyo económico que podía aportar el socialismo catalán

---

en 1910-1916. Fue la principal impulsora de la Agrupación Socialista Femenina de Barcelona, fundada efectivamente a principios de 1913. Propagandista y oradora a lo que parece brillante, intervino activamente en las campañas de la FSC en 1910 y 1913-1914. También, y con escándalo, en Mallorca en junio-julio de 1912, donde la derecha la presentó como «veya, lletja, morena, no gaire ben gerbada» (vieja, fea, morena, algo contrahecha). Cfr. GABRIEL, P.: *Lluçmajor i les associacions populars i obreres, 1866-1916*, Lluçmajor, 1992, pp. 24 y ss. Sobre Amparo Martí hay un pequeño artículo de ROMERO MARTÍN, J. en AA.VV.: *Diccionari Biogràfic del moviment obrer als Països Catalans*, Barcelona, 2000, p. 834.

<sup>37</sup> Las relaciones del socialismo catalán con Mallorca fueron muy importantes para la definición de un socialismo-uguetista más mutualista, cooperativista y socialbilista, que no reivindicativo, que tuvo un especial arraigo en los pueblos de la isla y no tanto en la capital. Cfr. GABRIEL, P.: *El moviment obrer a Mallorca*, Barcelona, 1973. También, del mismo autor, «El PSOE en Baleares (1892-1936)», en JULIA, S. (coord.): *El socialismo en las nacionalidades y regiones*, Madrid, 1988, i *Lluçmajor i les associacions...*, op. cit., 1992.

a una campaña de propaganda ambiciosa. Desde el punto de vista sindical, lo más nuevo fue la petición de una política agraria precisa de parte del PSOE —y de la UGT—, apuesta especialmente impulsada por la realidad campesina de la Federación Provincial de Tarragona que se logró levantar por aquellos años, y la realidad y fuerza creciente de la Federación Agraria Española que terminaría mucho después apostando por la CNT pero que se reorganizó en 1912-1913, sin una opción de central sindical precisa.

La desorganización de la CNT a finales de 1911, y su debilidad hasta 1917-1918, parecía abrir la posibilidad de la presencia socialista en el movimiento societario, especialmente si llegaba a ser capaz de penetrar sólidamente en dos sectores tradicionalmente reacios al anarquismo: el campo y el textil. De ahí el optimismo que generó en los socialistas de Reus la creación de la Federación Agraria Provincial de Tarragona el 8 de junio de 1913 y la reorganización de la Federación Regional del Arte Fabril de Cataluña, impulsada desde Mataró el 14 del mismo junio de 1913. Era desde estas posiciones de fuerza que se pensaba en negociar con la CNT o en todo caso resistir la dirección más o menos anarquista de la misma. Explícitamente se abandonaba de momento cualquier esperanza de combatir en el seno del movimiento sindical de Barcelona <sup>38</sup>.

La actuación del grupo de Reus iba a resultar muy afectada por un debate político fundamental: el de la política autonómica, un tema que visto desde una perspectiva catalana tenía fuertes implicaciones también en el mundo sindical. Como es sabido, en aquellos momentos, la situación política catalana —y en parte la española— estuvo marcada por las discusiones acerca de la posibilidad de crear mancomunidades de provincias y, en especial, una Mancomunidad Catalana. La FSC, y en especial Recasens i Mercadé, percibieron que debían afirmar su presencia en el debate. El «psoísmo» catalán, quizás con fuerza por primera vez en su historia, pretendió también hacer política, más allá del estricto espacio obrero de base sindical,

---

<sup>38</sup> A finales de 1910, la reorganizada FSC con dirección en Reus, tras criticar la evolución de las tácticas de Solidaridad Obrera, sólo recomendaba para Barcelona crear «agrupaciones socialistas sindicales», lo cual, como hace notar BALLESTER, D.: *Marginalitats i hegemonies...*, *op. cit.*, p. 53, era un signo elocuente de la práctica desaparición de la estructura de la UGT en la capital. La creación de la CNT en 1910-1911 bajo dirección anarcosindicalista convenció a los dirigentes socialistas ya reacios ante Solidaridad Obrera, como Joan Durán o Geroni Farré, de que no se podía luchar contra el anarquismo y anarcosindicalismo «desde dentro».

en una situación que le parecía paralela a la del PSOE. De su esfuerzo y tenacidad, así como de esta apertura del PSOE a las realidades políticas, surgirá al final una toma de posición del PSOE favorable a un Estado federal y el reconocimiento de las realidades regionales en noviembre de 1918, en aquel famoso XI Congreso del PSOE que también aprobó una política agraria específica. Antes, *La Justicia Social* había acogido una intensa polémica entre Fabra Ribas y Andreu Nin en enero de 1914, en la que el segundo hacía el papel del nacionalista, mientras Fabra enarbolaba por primera vez de forma rotunda la bandera antinacionalista. En esta dirección, el Congreso importante en Cataluña fue el VI de la FSC, reunido en Tarragona en junio de 1916: allí se aprobó la base del programa autonómico, que el PSOE haría en gran parte suyo en 1918, una propuesta organizativa y las bases de un programa agrario.

La FSC había sido reorganizada en septiembre de 1908 por Fabra Ribas y en 1910 por los hombres de Reus y su afirmación implicaba minimizar la dirección madrileña del PSOE (al mismo tiempo, supe-ditar los grupos catalanes a las directrices de Reus, cosa que no resultaría nada fácil). La cuestión se centraba en principio en relación al debate sobre la autonomía organizativa, pero con mayor complejidad incidía en el espinoso tema del catalanismo popular. Para acrecentar la penetración en el tejido social catalán, los socialistas debían influir en el PSOE y lograr tanto que se definiese por la construcción de un Estado basado en las «pequeñas naciones ibéricas» como que organizativamente aceptase ser una federación de partidos. Con ello, los dirigentes de Reus no hacían sino enlazar con los planteamientos federales del catalanismo popular secular. Y el hecho es que la perspectiva de una cierta aceptación por el PSOE de aquellos postulados favoreció una primera y notable relación con los jóvenes intelectuales de clases medias, especialmente con Andreu Nin, Manuel Serra i Moret, Rafael Campalans, Ramon Pla i Armengol, Joan Comorera, etc. No fue nada fácil, dado que en el socialismo catalán más ugetista subsistía y subsistiría durante mucho tiempo, al lado del rechazo duro y sin matices hacia el anarcosindicalismo, una crítica también inflexible ante lo que les parecía simplemente un nacionalismo burgués y reaccionario<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> La polémica tuvo un nuevo rebrote a las puertas de la dictadura en 1923 y frente al proceso de creación de la Unió Socialista de Catalunya (USC). Ahora

## Repliegue sindical y corresponsabilidad institucional

Es difícil encontrar una razón única del fracaso de la UGT en Cataluña en 1917-1919, aunque sin duda influyó de manera decisiva la mejor adecuación cultural y organizativa del anarcosindicalismo a la fragmentada y bipolar realidad obrera catalana de aquellos momentos<sup>40</sup>. Es especialmente significativo el que el crecimiento de la UGT se basara en algunas grandes federaciones en las que la industria aparecía especialmente dominada por unos pocos empresarios o compañías y en las que la intervención del Estado aparecía como posible y relativamente eficaz<sup>41</sup>. Además, ni el reconocimiento —quizás inevitable— de la dirección de la UGT de la total hegemonía de la CNT en Cataluña, ni por otro lado, la lucha pistolera y sangrienta abierta entre los sindicatos únicos y los libres, iban a favorecer un hipotético crecimiento de la UGT. De la crisis de la posguerra, como ha señalado José Luis Martín Ramos, en el conjunto de España, la UGT pareció salir con una dirección interna bastante coherente y homogénea alrededor del liderazgo de Francisco Largo Caballero y con un modelo sindical bien construido. Se trataba de un sindicalismo de presión y negociación que pretendía la obtención de conquistas sociales y no sólo estrictamente laborales, garantizadas institucionalmente. Su táctica debía ser firme y homogénea en el ámbito nacional, y por tanto debía imponerse mediante la conso-

---

polemizaron Fabra Ribas y Rafael Campalans, con la intervención posterior de Serra i Moret, en *El Socialista*, y el mismo Indalecio Prieto conferenció en Reus llevado por Fabra. Más adelante, en 1926 resurgió la cuestión, con una amplia serie de artículos de Pla y Armengol que recogió en un libro, *El socialismo en Cataluña*. Cfr. en especial, RODES, J. M., «Socialdemocràcia catalana i qüestió nacional (1910-1934)», en *Recerques*, 7, Barcelona, 1974, y CAMPALANS, Rafael, y FABRA RIBAS, A., en RODES, J. M. (ed.): *Catalanisme i socialisme. El debat de 1923*, Barcelona, 1985. También, CAPDEVILA, M. D., y MASGRAU, R.: *La Justícia Social. Òrgan de la Federació Catalana del PSOE, 1910/1916*, Barcelona, 1979. También, RECASENS, J., edición y notes de Pere ANGUERA i Albert ARNAVAT: *Vida inquieta*, Barcelona, 1985; RECASENS I MERCADE, J., a cura de Xavier FERRE: *Antologia de textos socialistes*, Reus, 1999.

<sup>40</sup> GABRIEL, P.: «La població obrera catalana, ¿una població industrial?», *Estudios de Historia Social*, 32-33, Madrid, 1985, pp. 191-259.

<sup>41</sup> Cfr. GABRIEL, P.: «Algunes notes sobre la implantació sindical de socialistes i anarquistes a Catalunya, abans dels anys de la primera guerra mundial», en AA.VV.: *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*, Barcelona, 1985.

lidación de unas estructuras de dirección y propaganda nacionales. Se alejaba así, cada vez más, del sindicalismo de protesta y vindicación circunscrito al ámbito local y la confrontación directa con sus patronos inmediatos. Con estas pautas, no hacía más que situarse en el contexto europeo y el sindicalismo que defendían la Internacional de Amsterdam y las centrales sindicales más numerosas y mayoritarias de Alemania, Inglaterra o Francia<sup>42</sup>.

En la explicación del fracaso de la UGT en Cataluña en 1916-1919 no debe minimizarse la influencia del desconocimiento que de la situación catalana tenía el equipo dirigente de la UGT en Madrid, un desconocimiento producto tanto de la debilidad de la organización en cuanto a tal, como del carácter defensivo y sectario de algunos de sus hombres de confianza y en especial del que sería delegado catalán en el Comité Nacional a partir de 1918, Joan Duran Ferret (1874-1941). Éste, que fue ya uno de los responsables del total repliegue hacia la UGT cuando se creó en 1910-1911 la CNT, pensó durante todo este tiempo de crisis social que el crecimiento de la CNT no era sino muy coyuntural, imposible de consolidarse, y por tanto no facilitó ni las relaciones generales entre la UGT y la CNT ni, lo que en el fondo sería más decisivo, la posibilidad de llevar a los socialistas a la intervención en unas federaciones de oficio e industria en expansión y que terminaron (pero no empezaron) por adaptarse a la dirección anarcosindicalista de la CNT.

En cualquier caso, al salir de la crisis política y social de todo el Estado, los hombres de la UGT optaron por minimizar al máximo la lucha política, dejando este papel a Prieto y el grupo parlamentario, y se refugiaron en las cuestiones sindicales. Al lado de su opción clara por el reformismo y la participación en las instituciones del Estado, su política organizativa fue clara. Se auspició el crecimiento de las grandes federaciones, en detrimento de la estructura territorial. Era evidente que a través de ello se reforzaba el papel de la cúpula dirigente y se iba hacia la sindicalización «industrial» de la UGT, frente al tradicional localismo y el contrapeso político que representaban las estructuras regionales, comarcales o locales. El problema, en todo caso, iba a ser que si bien había aumentado el peso de la integración empresarial en algunos sectores, la realidad económica y laboral localizada o comarcalizada continuaba siendo importante.

---

<sup>42</sup> Cfr. MARTIN RAMOS, J. L.: *Historia de la UGT (1914-1930)...*, op. cit., p. 48.

Cuando llegó la dictadura pareció abrirse de manera definitiva la posibilidad de incidir en todo el movimiento obrero desde la centralidad del Estado. En este sentido su colaboración permitía, en principio y al mismo tiempo, completar y dar coherencia a un determinado modelo sindical defendido desde hacía mucho tiempo (por razones obvias diferenciado tanto de los católicos —y los libres— como de los anarcosindicalistas), así como asegurar su papel director frente a las jerarquías locales. El modelo, bien que mal, parece haber funcionado con razonable impacto e influencia en muchos lugares del Estado<sup>43</sup>. En Cataluña, de nuevo, no tanto.

En general, la dictadura parecía abrir la posibilidad de la realización de la política sindical y laboralista que se había ido configurando en la dirección de la UGT. Por un lado, en la medida que el nuevo régimen acogía el corporativismo que se había ido lanzando desde muchas instancias a partir de 1919, podía esperarse una etapa de negociaciones «ordenadas» de las cuestiones laborales. A su vez, la política económica nacionalista y nacionalizadora de la dictadura podía interpretarse como un reforzamiento de la articulación general de la economía española y daba mayores esperanzas a la idea de la inevitabilidad del carácter necesariamente estatal de la lucha sindical. Internacionalmente, la propia consolidación de la OIT —organismo en el que pronto tuvo un papel destacado Fabra Ribas— parecía indicar que los aires de la nueva etapa podían ir justamente por el lado de la afirmación de la presencia obrera sindical dentro de las estructuras de unos Estados liberales forzados a la democratización.

En este contexto, la situación en Cataluña presentó dos peculiaridades. En principio, la débil reacción de la CNT ante el golpe de 1923 y el relativo hundimiento de la organización, pusieron de manifiesto la debilidad del edificio confederal y muchos creyeron —no sólo los dirigentes de la UGT— que era posible emprender su sustitución. Por otro lado, la expansión de un socialismo liberal a través de la Unió Socialista de Catalunya (USC), que miraba al socialismo laborista inglés y al socialismo jaureseriano francés y no tanto de manera estricta al marxismo más obrerista, situaba a los socialistas de la FSC ante el reto de la colaboración y participación activa en dicha apuesta, que, si en un principio no era contraria

---

<sup>43</sup> FESEFELDT, H.: «Centre i perifèria...», *op. cit.*, apunta el razonable éxito de esta política en el País Vasco, Asturias, Madrid y País Valenciano.

al PSOE, sí surgía claramente al margen del mismo. En este punto, la ruptura final entre unos y otros y la hibernación de la USC dejó en mal lugar a los dirigentes «políticos» —Comaposada y Recasens fundamentalmente— que habían participado activamente en el intento, y en la práctica el psoísmo catalán quedó en manos de los «sindicales», que no dudaron en optar por la línea marcada por la dirección general de la UGT.

Hicieron en principio la apuesta de sustituir la CNT, a través de una defensa abierta y sin fisuras del reformismo y la magnificación de las tesis de la base múltiple. Pretendieron usar como referentes tanto la fuerza general del PSOE-UGT como de la Internacional Sindical de Amsterdam. No dudaron en defender los tribunales industriales —en los que lograron una tímida presencia a partir de 1924— ni los comités paritarios. Quien mejor representó esta política fue, claro está, Joan Duran i Ferret, cuya acumulación de cargos marcaba claramente la dirección de su actuación al frente entonces del socialismo catalán: era concejal desde 1912 y aceptó su nombramiento por la dictadura; entró en el Instituto Nacional de Previsión y a partir de 1924 formó parte también del Patronato Social de Cataluña y del Consejo Local de Trabajo, así como del Comité de Corporaciones Agrarias. Además, era el presidente de la Sociedad Agraria de Sitges y el delegado en los comités nacionales del PSOE y de la UGT desde 1918. Al lado de Duran estuvo Joaquín Escofet, éste al frente de la UGT catalana, y ambos dominaron sin excesivos problemas la situación interna hasta 1930<sup>44</sup>. El problema fue que en Cataluña la presencia de las secciones de las federaciones generales (por ejemplo ferrocarriles, o industria del mar) escapaban a la dirección ugetista catalana y que, por otro lado, el textil continuaba con su realidad muy fragmentada y localizada. Además, y no menos importante, en Cataluña la fuerza de los Sindicatos Libres era un elemento claramente diferenciador respecto de otras zonas. Los Libres habían ocupado a su manera el espacio de la CNT y, en cierto sentido, mantuvieron la posibilidad de que la CNT volviera a recuperar su afiliación en 1930-1931.

---

<sup>44</sup> Aunque en 1926 tuvieron que hacer frente a la rebelión de algunos dirigentes de Barcelona que denunciaron corruptelas de algunos hombres muy próximos a Escofet y Duran, como Lluís Andreu y Joseph Hugué. Cfr. BALLESTER, D.: *Marginalitats i hegemonies...*, op. cit., pp. 73 y ss.

A iniciativa de Duran se creó la primera organización regional: la Federación Regional Catalana de la UGT. Ya lo había pedido en julio de 1920 y la dirección de la UGT no puso excesivos reparos. En las actas de 15 de julio y 4 de noviembre de 1920 se informa ya de su constitución (aunque la legalización no llegó sino en abril de 1922). Tuvo una vida regular y, sin perder su legalidad, celebró sin problemas sus congresos. Se mantuvo hasta 1933. En este sentido, Duran y Escofet lograron una cierta estabilización y la imposición de su política sindical. Ahora bien, el estancamiento fue evidente. En 1925 contaba con 2.000 afiliados y 22 secciones, que se encontraban en Barcelona, Sitges, Calella y Mataró. Al final, en 1929, sólo había 12 secciones más y a finales de 1930 sólo unos 4.000 afiliados (el 11 por 100 del total de la afiliación de la UGT). Estas cifras no incluyen los afiliados a las federaciones, ni los ferroviarios ni los trabajadores del textil. En conjunto los ugetistas catalanes se habían estabilizado alrededor de los cinco-seis mil trabajadores (4.719 en enero de 1925 y 5.886 en julio de 1928). Era el reconocimiento de dos UGT: la que respondía a la dirección más general y que actuaba en un marco claramente estatal y la UGT más autóctona y local que, muy arrinconada y defensiva, debía conformarse con subsistir. El ugetismo de la regional no iba más allá de algunas viejas sociedades de oficio cualificado, que se movían alrededor de algunos oficios cualificados del textil y la tipografía<sup>45</sup>.

### ¿Unas conclusiones?

Hace ya casi quince años, decía que, históricamente, las dificultades experimentadas por la UGT y el PSOE respecto de su implantación en Cataluña giraron alrededor de cuestiones como: *a)* incapacidad para encabezar de forma estable el sindicalismo moderado y profesional, para dirigir un importante sindicalismo poco proclive a aceptar tácticas revolucionarias, anarquistas o libertarias; *b)* no adecuación organizativa y política a la gran variedad de situaciones locales existentes en Cataluña, con condiciones muy distintas de trabajo y de relaciones sociales de poder; una situación en especial, la de la industria catalana, que convertía en ilusoria una política

---

<sup>45</sup> Cfr. GABRIEL, P.: «Sindicalismo y sindicatos socialistas...», *op. cit.*, pp. 56 y ss. También, BALLESTER, D.: *Marginalitats i hegemonies...*, *op. cit.*, pp. 70 y ss.

sindical basada en la presión cerca del Estado para que éste legislase unas condiciones de trabajo generales; c) identificación con un socialismo español, extraño, incapaz de asumir y trabajar en medio de un catalanismo popular de raíz federal, vivo y arraigado<sup>46</sup>. Creo que los múltiples avances que se han producido en la historiografía lo que hacen es replantear un tanto la peculiaridad del caso catalán y sitúan en un primer plano aspectos compartidos para todo el conjunto español, en la medida de la que se ha dado en llamar fase artesanal de la historia de la UGT, pongamos hasta la expansión de 1910-1912, mantiene situaciones y dificultades parecidas en todas partes producto de la tensión entre un modelo algo doctrinario que se veía inevitablemente corregido en la práctica por el gran peso de una realidad económica y laboral local. Ahora bien, con ello no hacemos sino aplazar en el tiempo la cuestión, ya que es evidente que el éxito posterior de la UGT en España no se produjo en Cataluña. Quizás porque Cataluña quedó al margen de la dirección empresarial y laboral de los grandes sectores de los ferrocarriles, la minería o la siderurgia y quizás porque la peculiaridad social catalana situaba de forma harto compleja un gran abanico de trabajos intermedios que encontraban su representación política en fórmulas republicanas y catalanistas. Si la UGT no había podido en el siglo XIX competir con éxito con el socialismo reformista de base republicana federal, en la segunda década del XX tampoco lograría la conquista de este espacio, cada vez más en manos de populismos republicanos y catalanistas.

Sin pretender resolver por este camino el debate, quizás debamos también tener en cuenta otro tipo de cuestiones, más personalizadas. Ya sabemos que los movimientos colectivos y sociales, los de clase también, no escapan a la influencia de algunos de sus hombres o mujeres, que en un juego complejo son a un tiempo expresión de necesidades y aspiraciones colectivas y definidores de las mismas; hombres y mujeres que dan talantes, modos y maneras a dichos movimientos. Si esto parece cierto en general, su papel y su impronta

---

<sup>46</sup> GABRIEL, P.: «Sindicalismo y sindicatos socialistas...», *op. cit.*, p. 47. En este mismo artículo desarrollaba con cierta extensión la argumentación alrededor de la doble incidencia en la cuestión de la estructura de la industria y del mundo del trabajo en Cataluña por un lado, y de las características del proceso de configuración del Estado liberal burgués en España por el otro. Todo ello en una dirección también apuntada en GABRIEL, P.: «Algunes notes sobre la implantació...», *op. cit.*

crecen mucho si se trata de movimientos con una extensión limitada, cuya existencia parece depender en gran medida justamente de la actuación de unos determinados líderes. En el caso de la UGT en Cataluña no parece difícil fijar la lista y las etapas de los mismos. ¿Quién puede dudar que la primera UGT fue la obra de Antonio García Quejido y Toribio Reoyo, a los que se unieron Josep Comaposada y un influyente y muy desconocido Basilio Martín Rodríguez. Después fue el momento de Antonio Fabra Ribas y Josep Recasens i Mercadé, aunque continuaron tanto Comaposada como Reoyo, y hubo la influencia importante de otro personaje olvidado que ya hemos citado, Amparo Martí. Sigamos. De la crisis de la guerra emergieron los que mantendrían la UGT en su repliegue sindical y laboralista hasta los años de la Segunda República: Joan Duran y Joaquín Escofet; también, Joan Codina. Duran, ya desde los tiempos de la creación de la CNT, ha sido considerado el principal responsable de la sectarización de la UGT en Cataluña, obediente a la dirección general de la UGT e incapaz de elaborar una política sindical socialista adaptada a la realidad catalana. Evidentemente, la nómina completa sería más amplia, pero no pretendemos ahora marcar la evolución del movimiento societario de influencia y presencia socialista, sino aquellos dirigentes que pretendieron mantener la Unión —y en algunos casos, además, la Federación Catalana del PSOE— en cuanto a tal y su relación con la dirección general de la misma.

¿Qué sabemos de los mismos? Que muchos eran tipógrafos de oficio y de cultura autodidacta: García Quejido, Reoyo, Escofet. Venían después los trabajadores de escritorio, más o menos relacionados con el comercio: Fabra Ribas y Recasens, a los que podría añadirse Badia Matamala. Finalmente, algún obrero de obrador, como Comaposada, que fue inicialmente zapatero, o Lluís Andreu, que era sastre. En fin, una persona que provenía del mundo agrario modesto, Joan Duran<sup>47</sup>, y el caso en tantos sentidos peculiar de un especialista de oficio, Basilio Martín Rodríguez, pulidor marmolista. Todos

---

<sup>47</sup> Su padre fue un *pagès llogat* (campesino alquilado, un aparcerero) que, además, con su caballo hacía de carretero; estos dos fueron los oficios iniciales de Joan Duran, agricultor y carretero. Su mujer provenía de una familia de marineros y pasó a ganarse la vida al frente de un pequeño negocio de *volateria*. Cfr. SELLA I BARRACHINA, V.: *Joan Duran i Ferret. Biografia d'un socialista històric català*, Sitges, 2003, pp. 13-18.

ellos, además, actuaron como publicistas y llenaron bastantes páginas en los periódicos. Deberíamos sin duda trabajar a fondo sus biografías. Puede a alguien parecerle una perogrullada, y no creo que lo sea tanto: en Cataluña, y quizás en otros lugares, la UGT no fue sino lo que dictaron sus hombres, los hombres de la UGT, sus dirigentes. Tardaría bastante en ser algo más.